

Mutaciones en la vida política: los nuevos liderazgos en tiempos de crisis¹

Darío A. Rodríguez²

*“...Pobres los ángeles urgentes
que nunca llegan a salvarnos
¿será que son incompetentes o que
no hay forma de ayudarnos?...”*

Silvio Rodríguez

Sólo algún trasnochado podría negar, o ignorar, que las democracias de nuestro tiempo se ven reconfiguradas al calor de todo un proceso de transformaciones en sus formatos representativos. Esto lo asumimos como una constatación, a esta altura, autoevidente. La constitución de lazos personalizados; la desagregación de las clásicas identidades partidarias; la emergencia de electorados fluctuantes son fenómenos que se reproducen más allá de nuestros límites nacionales y regionales, e imprimen bajo una nueva forma el despliegue de la política democrática de nuestro tiempo. Pero asimismo, es cierto también que los cambios en curso se manifiestan con diversa intensidad según las características que definen a los diferentes escenarios nacionales, e incluso, según las variadas geografías locales que los componen. En este sentido, el caso argentino se distingue, en sintonía con las realidades de otros países latinoamericanos y a diferencia de las viejas y consolidadas democracias, por una particular convivencia entre el desarrollo de estas nuevas formas y la recurrencia de severas crisis políticas; y a su vez, por la constitución de liderazgos políticos de corte personalista y decisionista como salida de estas críticas coyunturas.

De este modo, el interés que anima la presente ponencia es el intento de repensar la emergencia de estos liderazgos políticos en situaciones de crisis en el marco del proceso de mutación de los vínculos representativos. Para ello revisaremos, primero, el proceso general de cambios en la vida política, indagando las particularidades que definen a los nuevos liderazgos. En segundo lugar, a modo de ilustración de dicho proceso, nos concentraremos en

¹ Este trabajo constituye los avances preliminares de mi tesis de doctorado: “*Transformaciones en la vida política: Un estudio sobre las particularidades que definieron a los liderazgos presidenciales de Carlos Menem (1989-1995) y Néstor Kirchner (2003-2007) a partir de su relación con la ciudadanía y el Partido Justicialista en contextos de crisis*”. Dir. Marcos Novaro

² Becario Doctorado (CONICET). Miembro del Equipo Las Nuevas Formas Políticas (FCS-IIIGG) Dir. Isidoro Cheresky

el estudio de cómo se constituyeron los liderazgos presidenciales de Carlos Menem (1989-1995) y Néstor Kirchner (2003-2007) sobre la base de los particulares escenarios de crisis que marcaron el origen de sus respectivas gestiones. Volveremos aquí sobre el estudio de la relación entre el peronismo, las crisis y los liderazgos políticos, intentando delinear, aunque sea en gruesos trazos, las continuidades y rupturas entre ambos liderazgos. A modo de cierre, introduciremos algunas ideas sobre el lugar que le cabe a estos líderes en nuestros regímenes políticos, indagando en qué medida los mismos se revelan como una solución y/o problema a las crisis políticas que han asolado a nuestro país en las últimas dos décadas.

Distintas presunciones de carácter general organizan el presente trabajo. Primero, destacamos el lugar central que ocupan estos liderazgos en el despliegue de la vida democrática en tanto los mismos ostentan una notable capacidad de institución de los vínculos representativos que estructuran los lazos de pertenencia de los ciudadanos a su comunidad política. Es decir, los mismos permiten, a partir del establecimiento de los lazos de identificación, la (re)configuración de la unidad política. Segundo, identificamos la emergencia de un nuevo tipo de liderazgo que se diferencia de pasadas experiencias, y sostendemos que tanto el liderazgo presidencial de Carlos Menem como el de Néstor Kirchner, representan ilustraciones patentes de este formato. Y por último, remarcamos que si bien es posible identificar claros elementos de continuidad entre ambos liderazgos, también podemos señalar puntos de quiebre, que creemos se explican por los fenómenos en curso que canalizó, y las nuevas formas políticas que potenció, la crisis que acabó con el gobierno de la Alianza en diciembre de 2001.

Cambios en la vida política: ¿Qué hay de nuevo?

Hacia fines de la década del '80 buena parte de los países latinoamericanos enfrentaban el desafío de lograr conciliar la tensa convivencia entre la superación de la fase transicional del régimen democrático y la gestión de profundas crisis económicas que anuncian los últimos estertores de la versión doméstica del modelo de desarrollo de posguerra (Torre, 1991). En este contexto, contra la tendencia vigente durante toda la década, se reclamó la constitución de ejecutivos fuertes capaces de *decidir* respecto de la circunstancia límite, definida por la aparición en un horizonte no tan lejano de la amenazante disolución de la propia unidad política. Esta situación pareció aplicarse con precisa justicia al caso argentino, donde las repetidas escaladas de precios desembocaron para principios de junio de 1989 en una situación

de crisis hiperinflacionaria que sentenció al presidente Alfonsín a dejar su cargo y obligó la asunción anticipada de su sucesor, el ex-gobernador Carlos Menem. La gestión de la crisis que comandó dicho liderazgo reveló un nuevo estilo de autoridad política definido, en términos muy generales, por su carácter decisionista y discrecional. Pero ¿en qué sentido esta dimensión representó un rasgo específico de esta nueva época? ¿En qué medida se diferenció de otros liderazgos personalistas que han sido protagonistas estelares de nuestra vida política en el pasado? Al igual que otros ejemplos regionales, el liderazgo de Menem comprendió una situación no menos paradójica, en tanto si bien el mismo se definió por un estilo concentrado y centralizado en el ejercicio del poder, su establecimiento permitió la garantía del formato institucional de nuestra joven democracia sin caer, como en repetidos casos de nuestra accidentada historia reciente, en interregnos donde el imperio *de facto* de la autoridad militar suspendió la vigente legitimidad democrática³. Así entones, la primera novedad de estos liderazgos alude a que los mismos deben ser comprendidos sobre la base del juego político estabilizado que emerge del respeto ininterrumpido de los dispositivos procedimentales en el que se funda todo ordenamiento de corte democrático. Pero a su vez, así como los cambios expresados en la dimensión institucional que definen a la política argentina desde la vuelta de la democracia demarcan el terreno sobre el cual operan estos nuevos liderazgos⁴, la referencia al proceso general de transformaciones que experimentó la misma sociedad, nos permitirá completar la caracterización de este nuevo escenario político.

Brevemente, aludimos con este proceso a cómo la presencia de estas nuevas figuras políticas que condensan la función representativa se desplegó en un marco signado por la desagregación de los intereses sociales; la dispersión de las organizaciones sectoriales y la crisis de las identidades partidarias tradicionales (Novaro, 1994). Así, emergieron en este contexto liderazgos que dejaron de asentar su legitimidad en la lealtad sustancial que profesaban ciudadanos agrupados en definidas y consistentes identidades partidarias para dar lugar a un nuevo formato de apoyo ahora basado en el oscilante respaldo de una serie de popularidades evanescentes y transitorias (Svampa-Martucelli, 1997). Esta nueva configuración expresó asimismo una situación no menos dilemática, ya que al mismo tiempo que se fortalecieron las instituciones sobre las que se asentó la democracia -en tanto régimen institucional-, se constató la precariedad de los lazos de identificación que estos liderazgos construyeron. En este contexto, signado por la incertidumbre, los lazos de confianza

³ Esta paradoja resuena al planteo schmittiano de que la autoridad soberana -aquella que decide sobre el estado de excepción- está por fuera del ordenamiento jurídico sin por eso dejar de pertenecer a él (Schmitt, 2002)

⁴ Nos referimos aquí, fundamentalmente, al respeto del voto popular y la elección democrática de las autoridades de los diferentes planos de gobierno como dispositivo privilegiado de regulación de la sucesión política.

establecidos por estos nuevos liderazgos demostraron ser cada vez más efímeros al igual que las coaliciones en las que asentaron sus bases de apoyo, y por ello, la función representativa, lejos de descomponerse, se reactivó en tanto lógica fundante de lo político bajo la forma de la constitución permanente de lazos de (re)identificación escenificados y canalizados por estos líderes personalistas.

Según Manin (1998) la emergencia de este tipo de liderazgos se corresponde con el ocaso de la vieja *democracia de partidos*⁵ y la emergencia de un nuevo modelo de democracia, definido como la *democracia de lo público*. En pocas palabras, este nuevo modelo se caracteriza por una serie de rasgos esenciales. Primero, por la emergencia de identidades políticas que experimentan un progresivo proceso de desarticulación, perdiendo su siempre relativa coherencia y homogeneidad; segundo, por la existencia de líderes políticos que se relacionan de manera cada vez más directa con la ciudadanía, en el marco de un espacio público mediatizado; y por último, por la expresión de preferencias electorales que se caracterizan por presentar un carácter fluctuante y selectivo. Así entonces, la democracia de nuestros días se identifica por el surgimiento de un formato representativo personalizado que deja atrás la representación partidaria en la que se fundaba la pasada democracia de masas (Novaro, 2000a)⁶.

A su vez, la emergencia de este nuevo formato de representación afectó la forma misma que definió a los partidos de nuestro régimen político, y en el caso argentino, este proceso presentó diferentes particularidades que vale la pena destacar. La vida política argentina, a pesar de la tardía constitución de un formato representativo propio de la democracia de partidos, se organizó durante décadas en torno a una forma de sociedad que se correspondió con dicho modelo. En efecto, dicotómicas identidades partidarias, relativamente estables y estructuradas en torno a clivajes sociales más o menos nítidos, configuraron la escena política nacional. Sin embargo, esta organización no se correspondió, hasta después de 1983, con el formato de competencia interpartidaria propio de la democracia de partidos. Fue recién luego de esta fecha fundacional que se desarrolló un modelo de representación política acorde con

⁵ Este modelo se define, en palabras de Manin (1998), por la existencia de un formato de representación definido por la acción de fuertes partidos de masas anclados en definidas realidades sociales. Es propio de este modelo, el imperio de la lealtad y la disciplina partidaria así como los estables comportamientos electorales. En particular, las elecciones se presentan como la confirmación de una identidad previa y las campañas políticas tienen un efecto persuasivo muy limitado.

⁶ Cabe aclarar que este pasaje es tan poco lineal como evidentemente problemático. Es decir, los modelos de la democracia de partidos y de lo público son definidos como tipos ideales. De esta manera, lo que observamos en los contextos históricos particulares es más bien una coexistencia y una superposición de aquellos atributos que definen a ambos formatos de representación.

dicho tipo de democracia en un contexto donde se comenzó a evidenciar su clara crisis como forma de sociedad. Así entonces, al tiempo que se desarticuló el clivaje movimientista, y se normalizó institucionalmente la vida política argentina, se constató el advenimiento de un nuevo modelo de democracia que expresó la crisis de aquél formato en el cual la vida política se organizaba sobre la base de la competencia regulada y estable entre los partidos del sistema político. En otros términos, la regularización institucional de nuestro régimen, lograda gracias a la aceptación de los comicios como fuente de legitimación democrática y de los partidos políticos como principales actores del juego político, fue acompañada por una metamorfosis tanto de su formato representativo como de sus mismos actores (Pousadela, 2005).

Pilotos de tormentas: La constitución de los liderazgos de Menem y Kirchner como respuesta a las situaciones de emergencia

Si elegimos una perspectiva que no adopta una mirada muy detallada, inclinándonos por una visión más bien panorámica, brotan, en este sentido, evidentes paralelos que comunican los procesos de constitución de los liderazgos de Carlos Menem y Néstor Kirchner. En efecto, los liderazgos estudiados fueron emergentes de particulares escenarios de crisis, considerados tal vez entre los más graves de nuestra todavía joven historia política; ambos liderazgos ostentaron una misma pertenencia partidaria, elemento que reinstala el estudio del peronismo y su relación con los contextos de crisis; y por último, como ya se mencionó, los liderazgos estudiados se inscribieron en una nueva era de lo político en la que se potencia la función instituyente que los mismos cumplen, configurando identificaciones y recreando lazos representativos. Pero ahora bien, sin desconsiderar la pertinencia y relevancia de estos elementos, un enfoque más atento a las especificidades que los definen nos permite también identificar los puntos de quiebre. A continuación, nos proponemos adentrarnos, aunque sea de manera muy breve, en el estudio de los críticos contextos históricos que marcaron la emergencia de ambas gestiones con el objeto de abordar las particularidades que definieron a los mismos identificando tanto las continuidades como las rupturas.

Para principios de 1989, los crónicos problemas de financiamiento fiscal redujeron al mínimo la capacidad estatal de intervención generando las condiciones de acción colectiva para efectivizar el temido despegue hiperinflacionario (Novaro-Palermo, 1996). La pérdida de la capacidad estatal de recaudación, correlato de los evidentes desajustes que expresaba el modelo de desarrollo económico vigente y del fracaso de los diferentes planes de

estabilización, diluyó la capacidad de disciplinamiento del estado respecto de los actores intervenientes y llevó a una generalizada corrida financiera que produjo gravísimas consecuencias sociales. A mediados de junio, el país se veía sumido en una terrible crisis económica, agravada por las acciones especulativas de los principales grupos de poder, quienes favorecían comportamientos desestabilizadores como respuesta al temor del regreso del populismo más básico que representaba por ese entonces la victoria ya consumada de Carlos Menem. En este contexto, el gobierno radical incapaz de poder establecer las medidas necesarias para lograr encauzar la crisis, de poder *decidir* respecto de esta situación límite que asolaba al país, caía de forma anticipada dejando no sólo un estado debilitado en su capacidad de ejercer la autoridad política y sumido en un caos financiero, sino además, una economía ahogada en términos financieros, en plena crisis hiperinflacionaria y completamente desacelerada en lo que respecta a su desarrollo productivo. Así, el viejo orden caía, y junto con él, las promesas de crecimiento y bienestar que asumió la democracia partidaria en plena primavera alfonsinista.

Precisamente, la crisis en curso comprendió, más allá de la dimensión económica que difícilmente pueda ser desatendida, elementos de corte más bien políticos referidos a la desarticulación del consenso edificado a partir de los diferentes triunfos radicales que se sucedieron desde 1983 hasta 1987 y organizado sobre la base de la confianza en las instituciones de la democracia, y en uno de sus principales actores: los partidos políticos. Creemos entonces que la situación hiperinflacionaria aceleró los procesos de desafección partidaria en curso que fueron resquebrajando el consenso alfonsinista y que para mediados de 1989 fueron conformando un clima de opinión definido por su crítica a las instituciones representativas y por un escepticismo respecto del rol de los partidos⁷. De esta forma, contra la tendencia que marcó la década del '80, definida por la centralidad que tuvo la necesidad de lograr estabilizar la democracia en su carácter procedural, se ponía ahora el acento en la importancia de la vuelta del líder ejecutivista como única garantía de orden frente a la amenaza de la incontenible caída.

De esta manera, las bases de apoyo del liderazgo presidencial de Carlos Menem, así como las particularidades que lo definieron, deben ser abordadas sobre la base del escenario político que resulta de la crisis, es decir, de cómo su gobierno enfrentó la gestión de dicha situación de emergencia. Y en pocas palabras, podemos anticipar que dicho liderazgo asentó su fuente de

⁷ Cabe remarcar que en la desarticulación del consenso alfonsinista no solo operó la crisis económica sin retorno que desembocó en el caos hiperinflacionario, sino que también incidieron los problemas de la resolución de la causa militar y la incapacidad notoria que demostraron los partidos tradicionales de nuestro sistema político para lograr establecer acuerdos de cooperación política.

legitimidad en el establecimiento de una solución efectiva a la situación de crisis condensando en su rol gobernante dos figuras claves: por un lado, la imagen de un líder fuerte, con capacidad de decisión y de representación de la unidad política, y por el otro, la de outsider de la política que le permitió presentarse por fuera de la clase dirigente tradicional, y explotar un contacto directo y expresivo con los intereses de la gente.

Ahora bien, el estudio del devenir de la gestión menemista de gobierno nos obliga a realizar un análisis más pormenorizado de las diferentes etapas que marcaron su desarrollo. En este sentido, deberíamos examinar más detalladamente las dificultades y obstáculos que enfrentó la gestión en sus orígenes y cómo fue posible el establecimiento de una salida estabilizadora. Pero, a los fines más modestos de este trabajo, indagaremos el proceso de constitución y consolidación de dicho liderazgo, deteniéndonos en una de las dimensiones que definieron al mismo y que nos permitirá entender, dada la importancia que asumió, cómo se configuraron sus bases de legitimidad y qué particularidades marcaron al proceso de restablecimiento de la autoridad política. Nos preguntaremos entonces por el tipo de vínculo que el liderazgo Menem creó en su relación con la opinión pública, identificando cuál fue la posición que ocupó el Partido Justicialista en este proceso.

En el curso de la crisis sin pausa que parecía sumir al país en un abismo sin retorno, se evidenció el fracaso que experimentaron los partidos y los sindicatos como principales canales de mediación política y actores estelares de la democracia representativa. Frente a este escenario, los medios de comunicación devinieron el recurso de poder privilegiado en la sostenida aspiración de Menem de reestablecer el lazo de confianza con la gente, en el marco de un contexto definido por el rol protagónico que éstos pasaron a cumplir como generadores de diferentes climas de opinión, cada vez más determinantes en el proceso de toma de decisiones que enfrentan los gobiernos. Asistimos, de este modo, a la constitución de la opinión pública como sujeto político de un espacio público mediatisado en donde las representaciones tradicionales ostentaban cada vez menor peso. Y en este sentido, la opinión pública cumplió un rol clave en la articulación del consenso antiestatista y pro-privatista sobre el que se fundó la gestión menemista a contracorriente de los principios del peronismo histórico, promocionados y sobreactuados en el desarrollo de la campaña presidencial de 1989. En concreto, Menem logró afianzar un sólido vínculo con la opinión pública, en momentos en donde los fantasmas desestabilizadores no dejaban de acechar al gobierno, sobre base de una incansable exhibición mediática a partir de la cual construyó, primero, su

imagen como un líder efectivo que expone hechos consumados, que resuelve problemas sin caer en la inercia deliberativa que proponen los ámbitos partidarios o los institucionales; y después, a partir de una doble figura en la cual se presentó como aquél líder carismático que en función de sus capacidades excepcionales es capaz de reestablecer el orden y regenerar la sociedad; pero al mismo tiempo, como el hombre común de lenguaje llano y coloquial que guiado por sus pasiones logra encarnar los sentimientos del pueblo sin mediaciones de ningún tipo (Novaro, 2000b). La posibilidad de articular esta figura duplicada, que ostenta el líder frente a la opinión pública demostrando capacidad ejecutiva y despertando confianza, constituirá la base de la popularidad menemista en el origen del drástico proceso de reformas que experimentará la sociedad argentina desde comienzos de los '90.

Las innovaciones establecidas por el liderazgo menemista, expresadas en el vínculo privilegiado que supo entablar con una opinión pública, que hasta entonces se había mostrado siempre reacia a los postulados del peronismo, nos lleva a repensar cuál fue el lugar que ocupó esta fuerza política en el devenir de este proceso político. En este sentido, el PJ experimentó durante buena parte de la década del '80 un proceso de crisis y renovación. La crisis que se desencadenó luego de que la derrota de 1983 evidenció sin amagues que el peronismo había dejado de ser la mayoría natural del pueblo argentino, y originó, al cabo de unos años, un importante proceso de revisión y discusión interna que tuvo como objetivo la vuelta del PJ al protagonismo electoral que había sabido detentar en el pasado. Este proceso terminó en el enfrentamiento, durante los comicios legislativos de 1985, entre el ala sindical (*los ortodoxos*) y el ala política (*los renovadores*). Y si bien los segundos triunfaron en esta elección iniciando un proceso de democratización del dispositivo de toma de decisiones, que permitió el paulatino, pero sostenido despliegue de su proceso de *partidización*, la victoria de Carlos Menem, antiguo renovador que ahora se presentaba representando a la línea más tradicional, redireccionó el proceso en curso imprimiéndole un nuevo sentido respecto del que había adoptado en sus momentos fundacionales⁸. De este modo, cuando Menem asumió como presidente en julio de 1989 el PJ venía de superar un profundo conflicto interno –uno más en su siempre accidentada historia– y había logrado establecer un mecanismo efectivo para enfrentar el desafío más importante de todo partido carismático: la sucesión de su líder fundador. Pero fundamentalmente, para comprender el lugar que el mismo ocupó en la etapa de constitución del liderazgo menemista, si bien es importante la referencia al despliegue de

⁸ Para un análisis del proceso renovador y sus continuidades y rupturas en el desarrollo de la gestión menemista, ver Novaro (1999), Aboy Carlés (2001) y Mustapic (2002)

sus transformaciones internas, el foco del análisis debe estar puesto, más bien, en la configuración del clima antipartidario, que contrarrestando la tendencia propia de la etapa de transición a la democracia, definió el contexto de la crisis hiperinflacionaria de 1989.

Frente a la crisis de las mediaciones tradicionales, y el clima de opinión opositor a la dirigencia política-partidaria, Menem desplegó en este contexto un accionar innovador mediante el cual relegó al partido a un lugar secundario privilegiando, como ya analizamos, su relación con la opinión pública. Se configuró entonces un tipo de liderazgo personalista que se presentó liberado de las ataduras partidarias, y capacitado para salvar al pueblo del trágico estado en el que se encontraba sumido. En este marco, el Partido Justicialista fue desplazado a un lugar marginal en el proceso de toma de decisión política e inclusive, en vistas de los comicios de 1991, debió tolerar la intromisión de personajes ajenos a su estructura partidaria. En efecto, estos comicios se caracterizaron, en particular, por la entrada en la política partidaria de personajes ajenos a las estructuras políticas cuya incorporación fue alentada por el propio Menem, incluyéndolos en la oferta política en varios distritos, ya que su presentación resultaba ser mucho más redituable en términos electorales que la de muchos referentes del propio partido.

Pero esta relación de fuerzas comenzó a modificarse superados estos comicios y el PJ demostró, superada esta etapa de ostracismo, una gran capacidad de resistencia frente a los embates del liderazgo innovador, logrando incluso recuperar el terreno perdido sobre la base de su sorprendente capacidad de adaptación (Novaro, 1999; Levistky, 2005). A partir de 1991, y en el despliegue de un proceso que se sostendrá durante los años subsiguientes, el Partido Justicialista, lejos de ver diluido su protagonismo, por el contrario, consolidó sus recursos institucionales y afirmó tanto su rol en la competencia política como su papel como actor político dentro del proceso de negociación de las políticas de gobierno. El PJ conservó y potenció así su capacidad como aparato unificado dotando al gobierno de los imprescindibles apoyos institucionales para desarrollar el proceso de reformas en curso (Novaro, 2000b).

Si al cabo de una década la crisis hiperinflacionaria parecía superada, como consecuencia de la aplicación de un efectivo plan de estabilización, y el establecimiento de un agudo proceso de reformas suponía haber atendido los graves problemas estructurales que enfrentaba la versión doméstica del llamado modelo de posguerra, hacia fines de 2001 una nueva crisis

asoló a la sociedad argentina llevando a la caída del gobierno conformado ahora sobre la base de una alianza entre la Unión Cívica Radical y el Frepaso. Evidentemente la compleja articulación de fenómenos que llevaron a la emergencia de esta crisis no puede dejar de incluir la incidencia que tuvo el referido proceso de reforma, pero dicho análisis excede los fines de este trabajo. Volviendo entonces sobre los ejes que nos propusimos abordar aquí, consideraremos a continuación cómo se desplegó el proceso de constitución del liderazgo del presidente Kirchner, emergente de esta particular coyuntura crítica.

En el curso del año 2001, los problemas que enfrentaba el gobierno de la Alianza se hicieron cada vez más notorios, pero también, incontrolables. Una economía estancada y sin perspectivas de recuperar los índices de crecimiento; un estado deficitario agobiado por los acreedores que reclaman los pagos de las irresponsables deudas contraídas; una sociedad que se veía asolada por la pobreza generalizada y el desesperante aumento del desempleo configuran los trazos más evidentes del cuadro de situación que enfrentaba el gobierno del presidente De La Rua por estas complicadas épocas. Y si a eso le sumamos que dicho gobierno se definía por su crónica debilidad, y por su incapacidad de poder reaccionar frente al cuadro descrito, seguramente no sean muy sorprendentes los resultados que arrojaron los comicios legislativos de 2001 donde, como nunca antes, la ciudadanía expresó su rechazo a la dirigencia política⁹. En efecto, a través del llamado voto bronca el gobierno aliancista, pero también los otros partidos, aunque en menor medida, sufrieron una brusca caída en sus apoyos electorales revelando la emergencia de un nuevo fenómeno. Nos referimos aquí a cómo estos comicios no solo confirmaron el despliegue del proceso de *metamorfosis de la representación* en curso, el cual alude a los cambios más generales que la vida política argentina viene experimentando desde hace más de una década, sino que también nos enfrentó a la aparición de otro fenómeno, más episódico, transitorio, de neto carácter coyuntural, y que alude, concretamente, al cuestionamiento directo del lazo representativo sobre el que se organiza toda comunidad política en esta era. Se rechazó entonces la mediación política, se cuestionó la distancia que separa a los gobernantes de los gobernados, dando lugar a la idea de una *crisis de la representación política* (Pousadela, 2005).

Ahora bien, esta crisis no sólo se expresó en los comicios aludidos, sino que tuvo una aparición más dramática y radical en los estallidos callejeros que protagonizó buena parte de la ciudadanía hacia fines de diciembre, los cuales llevaron a la caída definitiva del gobierno

⁹ Para un estudio de dichos comicios desde un plano general, pero también a partir de un estudio enfocado en las realidades específicas de las diferentes provincias, ver Cheresky-Blanquer (2003).

Aliancista el 22 de diciembre de 2001¹⁰. Pasadas dichas jornadas, y fracasados los distintos intentos por restablecer la autoridad política en el país, el ex-gobernador bonaerense Duhalde logró instrumentar los consensos necesarios para iniciar la fase de superación de la crítica situación de emergencia que dejó la salida del gobierno de la Alianza. En pocas palabras, esta etapa definida por su carácter transicional, se caracterizó, a grandes rasgos, por la vuelta al poder del peronismo, en este caso con el justicialismo de la Provincia de Buenos Aires como eje articulador; por el lento, y aún muy problemático, re establecimiento de la situación de normalidad, ya que en esta etapa todavía tuvieron un importante protagonismo los *piqueteros* y los *caceroleros* como actores excluyentes de las nuevas protestas públicas; y por último, por la todavía muy acompañada recuperación de los índices económicos. De cara a los comicios de 2003, y luego de varios ensayos infructuosos, el gobierno presidido por Duhalde decidió respaldar la candidatura presidencial de Néstor Kirchner, ex-gobernador de la alejada provincia de Santa Cruz. Llegamos aquí a nuestro núcleo de interés, y para indagar el proceso de constitución de su liderazgo, replicaremos el esquema propuesto en el apartado anterior. Analizaremos entonces que particularidades asumió su vínculo con la opinión pública y cuál fue la posición que le tocó ocupar al Partido Justicialista en el despliegue de este proceso.

Al cabo de un proceso tan azaroso como inesperado, Néstor Kirchner asumió la presidencia de Nación en mayo de 2003, luego de que el otro candidato de las tres fórmulas peronistas que se presentaron en la elección, y con el que debía competir en el ballotage, decidiera abandonar la contienda. El nuevo presidente ganó entonces las elecciones, pero lo hizo con un porcentaje indudablemente escaso en el marco de un escenario político altamente fragmentado; y así entonces, si bien estuvo legalmente investido para el ejercicio regular de las funciones como líder presidencial adoleció de una legitimidad electoral muy limitada, al menos en esta primera etapa de su gestión. A su vez, en este marco, la clase dirigente y los principales partidos de nuestro sistema sufrían, en paralelo con otros momentos del pasado reciente aunque esta vez la crisis pereció definirse por una radicalidad inédita, el rechazo masivo y generalizado de la mayor parte de la sociedad. Fue entonces este contexto crítico, definido por el déficit en la legitimidad electoral; por la configuración del clima generalizado de cuestionamiento a la representación partidaria, y por último, por los serios desafíos que implicaba la gestión de la crisis heredada, el que marcó a fuego los rasgos definitorios del liderazgo de Kirchner en su proceso de constitución.

¹⁰ Para un desarrollo sobre los mismos ver Pousadela (2005) y Cheresky (2006)

Durante los primeros meses de su gestión, el presidente Kirchner, en base a la articulación de un discurso político que parecía sintonizar con el clima post 2001 y a partir de la realización de toda una serie de medidas que sorprendieron a una ciudadanía tantas veces decepcionada, privilegió la configuración de un vínculo de identificación con la opinión pública antes que buscar apoyo en los respaldos más tradicionales, ya sea el de su propio partido o incluso el de las corporaciones sectoriales. En efecto, en paralelo con el accionar que definió en los primeros años del gobierno de Menem y a diferencia de la base de apoyos partidarios que logró articular su inmediato antecesor, el respaldo que buscó Kirchner en esta primera etapa residió en el virtual y volátil apoyo de la opinión pública registrado a través de las encuestas. Y sobre la base de este respaldo, que le reportó altísimos índices de popularidad, decidió avanzar en su empresa transformadora que se expresó en cambios concretos, principalmente, en la reorganización de la justicia y el campo de los derechos humanos y en una mejoría cada vez más notable en la evolución de los distintos indicadores económicos. Así, sobre la base de estas medidas, el presidente Kirchner se presentó como un liderazgo con decisión y capacidad para gobernar la crítica situación de emergencia que el país enfrentaba; con poder para actuar haciéndose eco de la voz del pueblo contra la llamada de la política de los '90, sin caer rendido bajo las presiones y las demandas facciosas de las corporaciones empresariales y las partidarias, y logró de este modo conquistar la legitimidad ausente en los orígenes de su gestión.

El análisis de la configuración de la figura presidencial como un liderazgo sustentado en la opinión pública, nos lleva a la pregunta por la posición que adoptó el PJ en el devenir de este proceso. En este sentido, es indudable que durante la década del '90 este partido experimentó una serie muy importante de transformaciones. Muy brevemente, estos cambios se relacionaron con el desarrollo de una política de tipo *emprendedora* en virtud de la cual las organizaciones de base, configuradoras de los históricos lazos sociales e ideológicos con la clase trabajadora, fueron perdiendo terreno frente al avance de organizaciones fundadas en el patronazgo estatal (Levitsky, 2005). Así entonces, los lazos estructurados sobre la base del intercambio reemplazaron a los tradicionales, poniendo en evidencia el deterioro de los aquellos vínculos clásicos que unieron históricamente al peronismo con la clase trabajadora. El peronismo se presentó, entonces, como una máquina electoral que distribuye recursos y que adaptándose a los distintos contextos políticos-sociales, haciendo gala del más puro agnosticismo ideológico, ha buscado, fundamentalmente, la maximización de los resultados

en los comicios (Torre, 2004)¹¹. No obstante lo dicho, no dejamos de remarcar el rol configurador que aún cumple la transformada identidad peronista en el caso, por ejemplo de la provincia de Buenos Aires, pero también de otras provincias del interior, ya que si bien es evidente que esta identidad se desagregó y desarticuló en su representación, también es cierto que la misma aún sobrevive como marco simbólico de pertenencia enraizado en las prácticas clientelares de asistencia (Auyero, 2001).

Sobre el trasfondo de estos cambios, retomemos ahora el análisis de la posición que asumió el Partido Justicialista durante la gestión de Kirchner. En este sentido, aunque el PJ bonaerense cumplió un rol clave en el armado de los apoyos que le permitieron llegar a Kirchner a la presidencia, el mismo no tuvo un rol protagónico en esta primera etapa de la gestión, más bien todo lo contrario. En efecto, el proyecto presidencial comprendió un proceso de renovación política, expresado en el armado de una base de apoyos transversal y coalicional compuesta en su mayoría por referentes de buena sintonía en la opinión pública, que tuvo como centro de su crítica a la llamada *vieja política* que encarnaban las estructuras tradicionales de los clásicos partidos de nuestro sistema. De este modo, si el rol de los partidos en el proceso de toma de decisiones políticas apareció notoriamente cuestionado, y con dramática agudeza desde la crisis de 2001, la acción del liderazgo de Kirchner, sintonizando con dicho clima, se orientó durante los años de su gestión a la fragmentación y desarticulación de buena parte de sus armados territoriales. Este intento por disolver lo que quedaba del existente sistema de partidos, se expresó con claridad en los diferentes comicios que se fueron desarrollando a partir del 2003, y encontró, en la disputa desplegada contra el poderoso justicialismo bonaerense en los comicios legislativos de 2005, su acto culmine¹². La victoria en dichos comicios nutrió al liderazgo presidencial de la legitimidad electoral que le fuera retaceada en sus orígenes y contra los pronósticos que vaticinaban el fin de la lógica de acción movimientista y la adopción, en este sentido, de un curso de acción institucionalizado, el gobierno adoptó un camino oscilante, contradictorio, cargado de ambigüedades y falto de definición. Es decir, en esta segunda etapa, si bien el recorrido trazado luego de los comicios del 2005 y de cara a las elecciones de 2007, reveló la notoria contención el proceso de renovación política iniciado y la incorporación poco disimulable de los actores partidarios antes denostados, no por ello el gobierno de Kirchner estructuró un esquema de poder

¹¹ Para una profundización en el estudio del devenir de estos cambios, ver Novaro (1999) y Svampa-Martelucci (1997)

¹² Para un análisis del desarrollo de dicha disputa, ver Rodríguez (2006)

centrado en el reforzamiento de esos actores, principalmente, del Partido Justicialista¹³. En este sentido, es evidente que el escenario configurado luego de la crisis de 2001 no permite replicar pasados esquemas de poder organizados sobre la base del control de los dispositivos institucionales por parte de los tradicionales partidos de nuestro sistema político, ya sea el PJ o la UCR, y en este punto reside, principalmente, el origen de aquellas discontinuidades que separan a los liderazgos de Menem y Kirchner, más allá de los evidentes rasgos en común que puedan emparentarlos. Efectivamente, mientras la acción del primer liderazgo, luego de una etapa de relegamiento a la que fue sometido el PJ, orientó su proyecto de poder sobre la base de una interpelación unificadora que buscó recomponer las bases del poder partidario; el liderazgo de Kirchner parece más bien orientarse sobre la base de una interpelación que busca fragmentar antes que articular y que descartando los caminos de la recomposición del sistema partidario sobre la base de organizadas fuerzas políticas busca aunar voluntades desde una lógica de corte más bien movimentista¹⁴.

Palabras finales

En este trabajo nos propusimos repensar la forma que asumen los nuevos liderazgos en los contextos de crisis. Para ello, nos concentraremos específicamente en el caso argentino y en las situaciones de particular emergencia que el país vivió en las últimas dos décadas. El abordaje de aquellas particularidades que definen a estos líderes comprendió, en primer lugar, la presentación de los cambios que ha ido experimentando la vida política en este último tiempo. Destacamos así cómo las transformaciones operadas en nuestro régimen democrático, y en la forma que asumen los formatos representativos, moldearon un nuevo tipo de liderazgo definido, a diferencia de los liderazgos tradicionales, por su inscripción dentro del juego político que emerge de la estabilización de los procedimientos democráticos, y por la configuración de una base de apoyos que lejos de presentarse de manera articulada y expresar un respaldo consistente, se caracteriza por su fragmentación y su crónica volatilidad. En segundo lugar, nos abocamos, muy brevemente, al análisis de los procesos históricos de constitución de los liderazgos presidenciales de Carlos Menem y Néstor Kirchner, a los que

¹³ Este planteo se contrapone con lo sostenido por Ollier (2005) quién en su pretensión de marcar los contrastes entre las dos etapas de construcción del poder por parte del kirchnerismo, parece ignorar el proceso de mutaciones y crisis que han experimentado los actores partidarios en el devenir político que marcó a los últimos tiempos. Asimismo, no ignoramos que esta segunda etapa el gobierno de Kirchner aceitó sus lazos con la CGT, pero el centro de nuestra argumentación está puesto sobre su relación con los partidos políticos.

¹⁴ Tal como sostiene Cheresky (2006) esta lógica se define por la incorporación de agregados heterogéneos sin que se establezca una estrategia de articulación política. Se opta así por mantener la dispersión de los apoyos con el objeto de alcanzar las mejores performances electorales.

identificamos como patentes ilustraciones de aquellos líderes formados al calor de una nueva era de lo político. Asimismo, internándonos en el estudio de ambas gestiones, buscamos delinear los grandes trazos de aquellos paralelos que pudimos establecer entre los mismos, sin por esto desconsiderar las distintas líneas de ruptura que también nos permitieron diferenciarlos. En este sentido, pensando sus particularidades a partir de la relación establecida con la opinión pública y el Partido Justicialista, resaltamos que si bien encontramos claros elementos que los unifican, como por ejemplo, el hecho de que ambos hayan detentado una innegable capacidad de iniciativa mediante la cual propusieron una salida a la crisis configurando identificaciones y recreando los deteriorados lazos representativos, o también, que los mismos hayan establecido en el origen de sus gestiones un vínculo privilegiado con la ciudadanía, a través de su expresión mediante las encuestas de opinión, relegando a un segundo término al partido; remarcamos asimismo cómo la emergencia del escenario que resulta de la crisis de 2001 y la manera en que el presidente Kirchner se propuso resignificarlo nos revelan un quiebre importante entre los mismos ligado, principalmente, a cómo éste liderazgo se relacionó con el Partido Justicialista y cuáles fueron las características más básicas de su armado de poder.

Por último, quisiéramos cerrar este trabajo con una pregunta no menos problemática: ¿cómo pensar el lugar que ocupan este tipo de liderazgos en el devenir que asume nuestra vida democrática? Frente a esta espinosa cuestión, diremos simplemente que si bien no desconsideremos los riesgos que este tipo de liderazgo puede acarrear, en términos de la concentración de la autoridad y el empobrecimiento del debate de tipo argumentativo, resaltamos también el rol que los mismos cumplen en tanto fuente de politización a la hora de establecer aquellas identificaciones que, principalmente en contextos de crisis, reaseguran la inscripción de los ciudadanos en su comunidad política de pertenencia. De este modo, descartando aquellas lecturas que pecan de excesivo normativismo y presentan una visión mefistofélica de los nuevos liderazgos, intentando en vano que nuestra siempre insubordinada realidad política se adapte, por fin, a un deseado modelo de llegada, nos inclinamos más bien por abordar las tensiones constitutivas que definen a nuestra vida política, sin por ello, pretender conjurarlas.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G (2001): *Las dos fronteras de la democracia. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens, Rosario.
- Altamirano, C (1992). El peronismo verdadero. Punto de Vista N°43.
- Auyero, Javier (2001): *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del Peronismo*, Manantial, Buenos Aires.
- Cheresky,I-J.M.Blanquer (comps) (2004): *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Homo Sapiens, Rosario.
- Cheresky (2006). “Un signo de interrogación sobre la evolución del régimen político” en Cheresky (comps). *La política después de los partidos*. Editorial Prometeo. Buenos Aires.
- De Riz, L. (1993): “Los partidos políticos y el gobierno de la crisis en Argentina”, Sociedad, N° 2.
- Levitsky, S (2005). La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires
- Manin, B. (1998): *Los Principios del Gobierno Representativo* , Alianza, Madrid.
- Mustapic, A. (2002): Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones del partido carismático en Cavarozzi / Abal Medina. *El asedio a la Política*. Ediciones Homo Sapiens, Rosario.
- Novaro, M (1994). *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina*. Ed. Letra Buena.
- ----- (1999). Crisis y renovación de los partidos. Una perspectiva comparada sobre los años del menemismo en *Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, mercado y democracia*. Ed. Norma. Buenos Aires.
- ----- (2000a). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario.
- ----- (2000b). El liderazgo menemista, los massmedia y las instituciones. Ecuador Debate. N° 49. Quito
- Novaro, M-Palermo, V (1996): *Política y poder en el gobierno de Menem*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Ollier, M (2005). “Liderazgo presidencial y jefatura partidaria: entre la confrontación y el pacto (2003-2005)” en Revista Temas & Debates N° 9. Universidad Nacional de Rosario.
- Palermo, V. (1991). Argentina: Democracia y populismo en tiempos difíciles. Algunas notas sobre la gestión menemista desde 1989. Revista de Estudios políticos. Nueva Época. Num. 74Oct-Dic.1991
- ----- (1992). El menemismo, ¿perdurará? en El pensamiento político contemporáneo. Aníbal Iturrieta (comps). Ed. Grupo Editor Latinoamericano.
- Pousadela, I (2004): “¡Los partidos políticos han muerto! ¡Larga vida a los partidos!” en *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada* .I.Cheresky-J.M.Blanquer (comps).Homo Sapiens, Rosario
- ----- (2005):“Mutaciones de la representación política en la argentina contemporánea” (mimeo)
- Rodríguez, D (2006). “Liderazgos y Partidos partidos: La fractura del justicialismo y la reconfiguración del escenario político en la provincia de Buenos Aires” en *La Políticas después de los partidos*. Cheresky (comps). Ed. Prometeo. Buenos Aires.

- Schmitt, C (2002). Teología política. Ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Svampa, M-Martuccelli, D (1997): *La Plaza vacía. Las transformaciones en el peronismo*. Editorial Losada.
- Torre, J.C (1991).América latina. El gobierno de la democracia en tiempos difíciles. Revista de Estudios Políticos. Nº 14. Oct-Dic.
- ----- (2003): “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella.
- ----- (2004):“La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el Partido Justicialista”.Ponencia presentada en las jornadas “Argentina en perspectiva”.UTDT.
- Zermeño, S (1989):“El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden”.Revista Mexicana de Sociología, Nº 51